La interculturalidad de lo hispano

Alba Escalante
(Profesora colaboradora del Instituto Cervantes de Río de Janeiro)

La negociación de elementos culturales es uno de los temas centrales en la enseñanza de lenguas, y en el área español como lengua extranjera (ELE), esto no constituye una excepción. De hecho, aceptamos lengua y cultura como un conjunto indisociable en términos reales y, cada vez más, discutimos sobre la pertinencia de concentrarnos en una didáctica que reconozca y legitime ya no solo la cultura hispana, sino también la cultura del alumnado.

La relación dialéctica resultante de la composición: lengua-cultura-sociedad, donde cada concepto constituye un fragmento de la totalidad de un fenómeno exclusivamente humano, ha sido fruto de muchos trabajos cuyos resultados se enmarcan en las líneas de pensamientos más actuales y prometedoras de los últimos años. También, en función de los avances tecnológicos, los flujos de emigrantes y los intercambios comerciales, se han convertido en temas recurrentes de discusión en diferentes niveles. Definirlos, conocerlos y entenderlos en su dinámica infinita, es una preocupación constante.

Ahora bien, cuando nos referimos a la cultura hispánica tendríamos que hacernos las siguientes preguntas: ¿Qué entendemos por cultura en general? ¿Qué definimos como cultura hispánica? ¿Cuál es la cultura que debemos transmitir como profesionales de ELE? ¿Cómo podemos hacerlo?

Como ocurre con frecuencia, estas preguntas suelen resolverse en términos más o menos generales. De hecho, no es aquí donde haremos algo diferente. Sin embargo, lengua y cultura hispánicas no existen como un todo homegéneo y estático, sino por el contrario, son realidades altamente heterogéneas y dinámicas. Por ello, más que plantear conclusiones definitivas, la idea es repasar algunos de los aspectos antes mencionados para dirigirnos hacia un problema más concreto y que compete a la práctica de ELE. Se trata del diálogo que se establece entre: a) los elementos culturales de los alumnos, de cuya legitimidad e importancia hoy estamos más conscientes que nunca; b) el espacio cultural que se maneja en algunos textos editados en España y que, por lo tanto, reflejan aspectos de la realidad de ese país; c) la mediación que entre estos ejerce el profesor de origen no español.

¿QUÉ ENTENDEMOS POR CULTURA?

El tema de la cultura ha sido, históricamente tratado desde diferentes corrientes del conocimiento y se ha definido de muy diversas maneras. Cada definición obedece al cuerpo epistemológico que le ha dado origen. Algunas son muy amplias y otras excluyentes.

En algún momento el rango de la cultura estuvo limitado a las manifestaciones eruditas (literatura, teatro, etc.) legítimas ante fragmentos elitistas de la sociedad o bien, se restringía a la consideración más estática de los modos de comportamiento de ciertos grupos.

Hoy más que nunca, no obstante, la cultura se vislumbra como un cuerpo dinámico y mutante en el que confluyen fuerzas de origen diverso. Al respecto, Montiel 2003 señala que:

> En las últimas décadas del siglo xx, esta forma secular de producción de la cultura fue perdiendo vigencia, generándose la necesidad de encontrar nuevas categorías de análisis e interpretación de los fenómenos emergentes. Las dimensiones espacio/tiempo de la cultura están ahora siendo impugnadas por la cultura virtual, es decir, por las manifestaciones culturales y los modos de vida surgidos en el ciberespacio.

En el siglo xxi la identidad cultural es un tema impregnado de fuerzas que actúan en dirección opuesta. Por un lado, bajo el mando de los países hegemónicos, la tendencia a la homogeneización y, por el otro, la aparición fuerzas de reafirmación de identidades que insisten en la fragmentación amenazando desdibujarla. Todo ello con sus consiguientes ventajas y riesgos.

La respuesta para armonizar el proceso es el diálogo, la actitud crítica, consciente, reflexiva, tolerante y la disposición para adaptarnos a los cambios.

Guiada por el paso de las nuevas realidades del espacio y el tiempo, la cultura se define en su constante devenir. De esta forma, nos obliga a repensarnos como colectivos y a entendernos en términos democráticos. Somos, a fin de cuentas, el resultado de la interacción de realidades pasadas, presentes y futuras.

LA CULTURA EN ELE

Delimitada al campo de la enseñanza/aprendizaje de ELE, pero entendida como el producto del análisis interdisciplinar, la cultura se pasea por una serie de manifestaciones que incluyen el acercamiento a obras literarias, por citar un ejemplo, pasan por aspectos de la cultura popular de los pueblos y llegan a otros fenómenos que acompañan los actos de habla. Así lo señalan los especialistas en numerosos trabajos y agregan, los ámbitos de saber que deben incluirse: saber qué, saber sobre y saber cómo[1]. Para fines prácticos, Nauta (1992: 10) subraya el aporte de la sociología que define la cultura como el conjunto de representaciones,

[1] Esta referencia a la cultura aparece en varios trabajos. Aquí se ha tomado de *Profesor en Acción II***.** De las reflexiones de Riley sobre los ámbitos de saber en los que se desarrolla la cultura dice: **Saber qué**: conocimientos políticos o religiosos, educación, historia, geografía, etc. Lo que algunos llaman cultura con mayúscula. **Saber sobre** los sucesos, acontecimientos y preocupaciones de esa sociedad. **Saber cómo** actúa (cómo se llama por teléfono, como se baila) y habla esa sociedad (cómo se agradece, saluda, cuenta una historia, etc.) (Giovannini, Martín Peris, Rodríguez, Simon, 1996).

ideas, conocimientos, normas y valores que los seres humanos han aprendido como miembros de la sociedad.

Ya Miquel y Sans (1992: 15-16) especifican entre los fenómenos culturales aquellos comprendidos en: la tradicionalmente llamada cultura con mayúsculas, la cultura (a secas) y la cultura con k.

Nauta (1992: 10) reconoce la validez de esta clasificación, pero critica a las autoras al hacer énfasis en la importancia de definir las parcelas culturales, sean de la cultura (a secas) o de la cultura con k. El problema, así lo menciona el autor, es que a la hora de elaborar materiales el espacio cultural resulta ser el de una cultura eminentemente urbana y de clase media. Yo agrego, la cultura del autor.

Estamos en el terreno de las abstracciones. Por eso, muchas veces es necesario recurrir a generalizaciones. Sin embargo, advertir esta tendencia como un peligro ya puede considerarse un avance.

De la relación entre lengua y cultura Miquel y Sans (1992: 16) explican que:

> Si, desde una perspectiva comunicativa, queremos que el estudiante sea competente, es decir, que no tenga solo conocimientos sobre, sino que estos conocimientos le sirvan para actuar en la sociedad o con los individuos que hacen uso de la lengua-meta, la necesidad de abordar la competencia cultural como una parte indisociable de la competencia comunicativa es incuestionable.

Nos referimos así a la capacidad del estudiante de reconocerse y de reconocer a otro que, en última instancia, será su futuro interlocutor. Suscribir los conocimientos lingüísticos a la cultura a la cual se refieren. De esta forma, mientras colocamos al estudiante de ELE en situación de reflexión sobre la lengua, en términos de su actuación con el otro hispano, lo encaminamos en la dialéctica intercultural.

Los elementos culturales ya no son simples anécdotas y se transforman en aspectos conscientes del aprendizaje. El alumno pasa a reconocerlos en su propia cultura y se ve en situación de transmitirlos, en tanto significados de su lengua, utilizando los recursos de la que está aprendiendo. Al hablar de sí mismos ponen a funcionar mecanismos de tipo afectivo y semiótico. En ocasiones, la lengua meta, al no poseer los equivalentes específicos, los deja desprovistos de caminos fáciles para definir asuntos que en su propia lengua poseen una representación muy clara y una palabra exacta. El alumno, apelará entonces a la descripción detallada del evento, al contraste. Se dará cuenta de que hay cosas que le faltan a la lengua (y a la cultura) que está adquiriendo y será consciente de las diferencias. Sin embargo, de manera oportuna se le hará saber que puede ocurrir exactamente lo contrario. Además, y esto es imprescindible, deberá validarse el contraste entre culturas en términos, no solo de sus diferencias sino de sus semejanzas.

Tanto en el trabajo con grupos multiculturales como con alumnos pertenecientes a una misma cultura, el profesor es un participante que aporta su experiencia de forma auténtica, atendiendo, en la medida de lo posible, a las particularidades e intereses de cada alumno para poder activarles mecanismos lingüísticos que le sean útiles para comunicar lo que necesitan y les interesa.

> Para comunicarnos correcta y eficazmente en una lengua, no basta con la adquisición de su sistema lingüístico por muy completa que sea, sino que hemos de ser competentes comunicativamente con todo lo que ello comporta, el conocimiento de la información pragmática, social, situacional y geográfica, además de los sistemas de comunicación no verbal, es decir, de su cultura, resultando necesaria la adquisición de cierta competencia cultural para el desarrollo de una posterior competencia comunicativa. (García-Cervigón, 2002: 17)

Esta perspectiva, que supera los límites de la llamada competencia lingüística de carácter formal, nos permite entender el proceso de enseñanza/aprendizaje como el circuito por el que atraviesa el aprendiz al apropiarse de un saber con el que podrá manejarse en la esfera del discurso sociocultural en el cual, a su vez, funciona la lengua.

Para trabajar en este sentido, el profesor ha de estar familiarizado con la cultura del alumno y transmitirle a éstos, en interrelación con los contenidos lingüísticos, la suya para desarrollar de esta forma la llamada competencia intercultural.

LA IMPORTANCIA DEL INTERCAMBIO CULTURAL

Los contenidos culturales son posibilidades muy prolijas en ELE. No se agotan en una clase ni con un ejemplo, al contrario, estos aparecen con mucha frecuencia y no deben ser desechados ni puestos en un lugar secundario.

Mostrar nuestra cultura, no implica que obliguemos a nuestros alumnos a asumir actitudes que pasen a convertirlos en una especie de remedo hispano. Al contrario, el profesor deberá mantener la distancia necesaria para poder anticiparse y mediar ante posibles conflictos surgidos del encuentro, ya no solo de lenguas, sino de realidades socioculturales muchas veces opuestas.

El salón de clases se convierte en el espacio de encuentro donde se genera el diálogo intercultural, se aclaran conflictos, dudas y, principalmente, malentendidos que puedan llevar al alumno a sentirse inadaptado y excluido.

Una vez más, el profesor es responsable de una tarea para la cual quizás no se sienta muy preparado. Conocer bien la lengua, no significa necesariamente saber de cultura. De la misma forma, puede que el alumno, al no ser consciente de la importancia de llevar al salón de clases su aporte en materia cultural, no se anime a hacerlo.

Sucede con frecuencia que al pasar mucho tiempo fuera de nuestros países de origen comenzamos a desdibujarnos. Esta suerte de fenómeno de aculturación es también un síndrome de los tiempos actuales. No obstante, tenemos que recordar que somos, entre otras cosas, lo que hemos vivido. Hacer ejercicios de memoria, intercambiar impresiones con nuestros colegas, buscar información sobre lo que está pasando en nuestros países, etc., puede ser muy productivo para combatir los efectos de la distancia.

El diálogo intercultural debe surgir de una previa sensibilización sobre el tema. Tenemos que partir de la reflexión sobre asuntos que nos competen ya no como profesores, sino como ciudadanos. Tratar aspectos como la tolerancia, y crear un ambiente empático para que el alumno sepa que estamos también muy interesados en saber sobre él. Acercarnos a sus impresiones sobre nosotros y darles las nuestras siempre sobre la base del respeto mutuo. Entender que, en algunas culturas, hay temas que simplemente no se mencionan y, en este punto, establecer acuerdos en conjunto.

Asumirnos de forma reflexiva y crítica como representantes que somos de nuestra propia cultura y comprometernos a transmitirla de forma auténtica y productiva, en función de nuestros objetivos.

NO ME APETECE NI ME PROVOCA, SIMPLEMENTE QUIERO

Bajo este título quiero referirme a dos cosas. La primera versa, en líneas muy generales, sobre el modelo de lengua y la variación lingüística, y la segunda, a modo de ejemplo, sobre algunos problemas que se presentan al trabajar con los materiales didácticos.

Existen algunos términos que se utilizan en la bibliografía especializada para aproximarnos a la respuesta sobre qué español enseñar. Uno de ellos, el de la lengua estándar, puede ser peligroso porque delimita nuestro ejercicio a una lengua que no tiene marcas, y esto como tal, simplemente no existe. La lengua es una realidad dinámica que varía de acuerdo a diversos elementos, entre ellos, su localización geográfica y que se modifica con el transcurrir del tiempo.

> Cuando se tenga necesidad de definir los usos más comunes, más frecuentes o menos marcados de nuestra lengua bastaría con decir que tales o cuales se dan en el español general. (Moreno Fernández, 2004: 742)

Sobre la corrección, el mismo autor señala que simplemente se trata de ajustarse a unos criterios marcados por las directrices académicas, cada vez más hispánicas, por los hablantes de mayor prestigio, incluidos los medios de comunicación (p. 743).

Así como sería absurdo decir que existe un solo modelo de lengua, o que tal o cual variante es más válida, tenemos también el cuestionado concepto del hablan-

te nativo. Kramsh 2002 propone, en sintonía con las nuevas tendencias pedagógicas, que estas deben referirse al hablante multicultural.

> (…) lo que caracteriza a un competente usuario del idioma: no es la capacidad de hablar y escribir según las reglas de la académica y la etiqueta de solo un grupo social, sino la adaptabilidad a la hora de seleccionar formas concretas y apropiadas exigidas por cierto contexto social de uso. Esta forma es precisamente la del hablante intercultural que opera en las fronteras que dividen a varios idiomas o variedades de idiomas, maniobrando su pasaje por las aguas turbulentas de los malentendidos transculturales. (Le Page y Tabouret-Keller, 1985, cp: Claire Kramsh, 2002)

Es un hecho el entendimiento en general que le merece al español la característica de ser una lengua relativamente homogénea. En sincronía con los nuevos tiempos, entendemos nuestra lengua en su cualidad de unidad dentro de la diversidad. Así, al seleccionar un modelo de lengua para el ejercicio de la enseñanza/aprendizaje de ELE, debemos, independientemente de nuestro origen, circunscribirnos a las normas y apegarnos a la cualidad de autenticidad que ofrece nuestro geolecto. Esta postura, además de honesta, es la más rentable, puesto que a partir de esos principios le proporcionamos al alumno una herramienta lingüística de mayor alcance.

Ahora bien, qué sucede a la hora de elaborar materiales. La tendencia general es la de utilizar formas que nos son familiares, excluyendo otras que podrían ser apropiadas, bien porque en el contexto en el que enseñamos serían las más adecuadas o porque no son suficientes para las necesidades comunicativas del aprendiz.

En un apelo a la sensatez Moreno Fernández dice:

> Junto a los materiales, ya se ha dicho, el profesor dispone de otro instrumento decisivo: su propia modalidad de español que en el aula se eleva a la categoría de modelo. El habla del profesor es un modelo lingüístico vivo y directo, imitado consciente o inconscientemente por los aprendices. Tanta importancia tiene, que se debe resolver de antemano el modo de encontrar la coherencia entre el español del profesor y el que se recoge en sus materiales didácticos. No es imprescindible que ambos se ajusten al mismo modelo, pero hay que manejarlos y presentarlos con coherencia… (p. 750)

LA INTERCULTURALIDAD DE LO HISPANO

En realidad, el presente apartado es el punto de origen de este trabajo. El tema surge como una preocupación compartida, esencialmente entre los profesores de origen hispanoamericano (pero que no por eso deja de tocar a los profesores de origen español) además de ser un tema que los propios alumnos llevan al salón de clases con bastante regularidad.

Al trabajar con materiales elaborados en España, que contienen información sobre este país, muchas veces nos encontramos con la incómoda situación de hablar de cosas que no significan nada para nosotros o que, en definitiva, desconocemos.

Me atrevo a afirmar que eso es justo lo que no debemos hacer. Es decir, por qué hablar de asuntos como la familia real española si, en el contexto hispanoamericano esta puede significar lo mismo que la inglesa. Y qué decir de la noche madrileña si jamás hemos pisado esa ciudad ni de día ni de noche. Mi pregunta es: ¿no será mejor que de eso hable un español que conozca los pormenores de la importancia política de tener a un jefe de estado y a un presidente de gobierno? O bien, ¿no es más pertinente que un madrileño que haya frecuentado los bares de esta ciudad sea quien los describa con sus olores y sabores característicos?

Dicho lo anterior, alguien podría objetar que es imposible ofrecerle al alumno todas las posibilidades. Es verdad. Tendríamos que disponer de un cuerpo docente con representantes todas las parcelas de la cultura hispánica y esto es, simplemente, impensable e incluso contraproducente para el alumno.

Por otro lado tenemos los materiales. En los manuales, por citar un ejemplo, estas informaciones que muchas veces son un llamado a hablar de los aspectos culturales, aparecen de forma puntual y, a menudo, forzados por los contenidos lingüísticos que han de abordarse. Entonces, la contribución del profesor se hace necesaria para darle vida y significación a los mismos. ¿Qué hacer entonces? Ampliar la información aportada, información vívida sobre la base de una significación que le permita ser transmitida de la mejor forma posible. Así, el alumno podrá acceder adecuadamente a lo que se le está presentando y el profesor podrá aclarar las dudas que se presenten.

Hay que reconocer, no obstante, que hoy en día se han hecho esfuerzos por incorporar contenidos culturales representativos de los países hispanoamericanos. Esta preocupación se evidencia ya no solo en los productos editoriales, sino en los espacios de discusión entre los profesionales del área. A pesar de ello, todavía hay mucho que hacer en este campo. Se trata de una tarea que exige un proceso de selección y unos criterios que, creo, no tenemos del todo claros.

En un trabajo realizado por Pilar González Casado (2002: 79), en el que se analizan manuales de ELE, en el apartado sobre diversidad y homogeneidad concluye que de los 8 manuales analizados solo 3 dan información cultural sobre los países hispanos, tanto de la llamada «cultura a secas» como de la cultura con mayúsculas[2].

La información cultural, para ser transmitida con la riqueza necesaria, debe haber sido de alguna manera vivenciada y debe haber adquirido algún tipo de

[2] De los manuales que tenían información cultural sobre Hispanoamérica, se mencionan dos de las autoras Miquel y Sans, antes mencionadas.

significación. En mi opinión, esto es fundamental para establecer el diálogo intercultural con los alumnos. Les propongo, a los que no hayan tenido el placer de probar una arepa de reina papiada, que intenten describirla a partir de una foto en blanco y negro acompañada de una información escueta.

Qué hacer entonces si, por los motivos que sean, tenemos que abordar los contenidos culturales de un país que desconocemos. Nuestro mejor aliado es la cultura del mestizaje y el conocimiento que tenemos sobre nosotros mismos.

Recordemos que, como hispanos, no solo compartimos una lengua. Además, la riqueza de lo hispano radica en su diversidad, y con esto me refiero al entrelazamiento de elementos compartidos por países solo ajenos por su distancia geográfica. Tenemos un conocimiento de mundo que nos permite ampliar la información que nos ofrecen los materiales, tenemos también mecanismos para incrementar lo que sabemos. En términos estrictamente lingüísticos contamos con un corolario de diccionarios, enciclopedias, gramáticas y medios informáticos cuya fuente es infinita. Todo ello sin contar con lo que, a mi modo de ver, es la posibilidad más rica, nuestra propia curiosidad satisfecha en el intercambio con nuestros colegas.

Debemos combatir con propuestas inteligentes las falsas informaciones que a veces damos sobre nosotros mismos cuando utilizamos los llamados tópicos. Formas antipáticas, generalizadoras y pobres que, de tanto utilizarlas llegan a aceptarse con peligrosa naturalidad, a pesar de reflejar, también esa necesidad de definición y pertenencia que todos tenemos.

En fin, debemos apegarnos al diálogo ejemplificante, primero entre nosotros, los profesores, y luego con nuestros alumnos. Ser como somos e intentar transmitirlo. Recordar que nuestra profesión es en (y por) principio humanística y, como tal, debe enmarcarse en el pleno ejercicio del quehacer humano.

BIBLIOGRAFÍA

García-Cervigón, Alberto, 2002, «Lengua y cultura en la enseñanza del español como lengua extranjera», *Forma. Formación de Profesores*, 4: 9-35.

Giovannini, Arno, Martín Peris, Ernesto, Rodríguez, María, y Sim ón, Terencio, 1996, *Profesor en acción II*, Madrid, Edelsa.

González Casado, Pilar, 2002, «Contenidos culturales e imagen de España en manuales de ELE de los años noventa», *Forma 4*: 63-86.

Kramsh, Claire, 2001, «El privilegio del hablante intercultural», en M. Bryam y M. Fleming, *Perspectivas interculturales en el aprendizaje de idiomas. Enfoques a través del teatro y la etnografía*, Madrid, Cambridge University Press, pp. 23-37.

Miquel, Lourdes, y Sans, Neus, 1992, «El componente cultural: un ingrediente más en las clases de lengua», *CABLE*, 9: 15-21.

Montiel, Edgar, 2003, «El nuevo orden simbólico: la diversidad cultural en la era de la globalización», *Lit. Lingüíst*, 14: 61-91.
Moreno Fernández, Francisco, 2004, «El modelo de la lengua y la variación lingüística», en J. Sánchez Lobato e I. Santos Gargallo (dir.), *Vademécum para la formación de profesores. Enseñar español como segunda lengua (L2)/lengua extranjera (LE),* Madrid, SGEL, pp. 737-752.
Nauta, Jan Peter, 1992, «¿Qué cosas y con qué palabras?», *Cable*, 10: 10-14.